

en Londres, si hubiera sido necesario enmudecer sobre la verdad de mi Religion, ó disimularla.

N. Quando en esta Historia se llaman Confesores, Mártires, Santos, las personas de que se habla, deberán entenderse semejantes expresiones en el sentido comun y ordinario, sin que sea visto en manera alguna prevenir el juicio de la Iglesia, á quien únicamente corresponde declarar dignos de veneracion los que ella despues de un maduro exámen califica y recomienda: baxo esta protesta, y sujecion en todo á la católica Iglesia el Ab. Barruel y el Traductor dan á luz pública esta obra.

(1)

COMPENDIO HISTÓRICO

DE LA PERSECUCION,

MUERTES Y DESTIERRO

DEL CLERO DE FRANCIA.

PARTE PRIMERA.

Orígen y progresos de la persecucion del Clero en el tiempo de la primera Asamblea llamada Nacional.

Ciento treinta y ocho Obispos ó Arzobispos, sesenta y quatro mil Curas ó Vicarios condenados á dexar sus sillas y parroquias, ó á pronunciar el juramento de la apostasia, todos los eclesiásticos y personas religiosas de uno y otro sexô privados del patrimonio de la Iglesia, arrojados de sus asilos, los templos del Señor convertidos en cárceles para sus ministros, trescientos de ellos entregados á la muerte en un dia en una sola ciudad, todos los demás Pastores fieles á Dios ó sacrificados, ó echados de su patria, buscando por entre muchos riesgos alguna acogida en las naciones extranjeras, es el espectáculo que acaba de dar al mundo la revolucion francesa; de cuyo catástrofe intento exponer los principios y progresos, no para inspirar á las demás naciones indignacion contra sus autores, sino para enseñarlas á cautelarse de ellos.

Mucho ántes de ser monarquía la Francia, dominaba en ella la Religion católica apostólica romana, siendo anteriores á la union de Clodoveo á los galos sus obispados de Leon, Viena, Arles, Rems, Sens y Turs. Y como quiera que es tal esta

Religion, que es imposible ser malo y rebelde por constitucion, sin ser tambien apóstata de ella; porque como amiga que es de la paz y buen orden y felicidad de los pueblos, aun en este mundo tiene á gran delito toda rebellion contra las leyes y autoridades establecidas para gobierno de los imperios, y como fundada para llevar al hombre por el camino de la salud eterna, no se puede avenir con los errores ni con los vicios; era preciso que hallase enemigos en una revolucion, que establecia el levantamiento por primera obligacion, se dirigia á tascar el freno de todas las pasiones, haciendo creer que cerca del trono no habia mas que esclavitud, y cerca del altar supersticion.

Tiempo habia que tenian meditada en Francia esta revolucion ciertos hombres, que con el nombre de filósofos tenian repartido entre sí el cuidado de derribar unos el trono, otros el altar. Los primeros no eran absolutamente opuestos á que hubiese culto, sino que contentos con deshacerse ellos de él, estaban en la persuasion de que era preciso lo hubiese para el pueblo; solo que querian darle uno, que fuese mas conforme á su ambicion, entendiendo que seria imposible combinar con los principios del catolicismo los del gobierno que querian substituir á la monarquía.

Á la cabeza de estos pretendidos filósofos estaba el famoso Mirabeau el mayor, en quien se hallaban muchos de aquellos talentos que hacen á un hombre grande, con mayor número de aquellos vicios que hacen á un perdido, y particularmente aquella audacia que hubiera hecho de él un Catilina, si se hubiera juntado con el aliento militar, único que le faltaba, el qual desde los primeros dias de los Estados generales abiertos en Versalles el 5 de Mayo de 1789 se habia dexado decir públicamente: *si quereis una revolucion, es preciso comenzar por descatolizar la Francia.*

Esta confesion en tal boca era ya un homenaje muy honorífico á la Religion católica, pues que en ella protestaba quan propicia es á la conservacion de los imperios, quando creía que para acometerlos era menester comenzar quitándola de enmedio. Sin embargo, muy de otro modo hubiera discurrido la atroz política, si hubiese conocido mejor esta Religion;

porque hubiera entendido, que aunque ella jamás favoreció la rebeldía, sabe con todo mantenerse firme á pesar de todas las variaciones de los estados, y baxo toda suerte de gobiernos compatibles con la justicia y felicidad de los pueblos. Hubiera visto, que si inspiraba á los franceses adhesion á su Monarca, no infundia á los católicos suisos, ingleses, y venecianos menos amor y fidelidad al gobierno de su patria. Hubiera aprendido, que sabe la Religion, sin tomar parte en los delitos que trastornan los estados, obligar á sus hijos á recibir el yugo de las nuevas leyes, y á no perpetuar las disensiones y guerras intestinas. En fin hubiera previsto, que con los proyectos de un impio contra el altar, mas bien se levantaban obstaculos que se facilitaban medios para la revolucion civil, y que el preparar suplicios contra la Religion, es el arbitrio seguro para indisponer los ánimos.

Mirabeau conoció en fin su error, pero ya demasiado tarde, quando viendo la resistencia de los Sacerdotes á su plan de descatolizar á la Francia, dixo con su acostumbrada energía á Camus: *vuestra detestable constitucion del Clero destruirá la que hacemos nosotros para nosotros mismos.* El se engañaba en esto tambien, pero en parte con alabanza suya, porque previendo los rios de sangre que costaria triunfar de la resistencia de los eclesiásticos, no se hallaba capaz de tantos horrores. Pero la Francia tenia hombres mas atroces; y si en él dominaba la política, en la otra casta de filósofos era superior á toda consideracion la impiedad y el odio del christianismo. Estos abortos de Bayle y de Voltaire hubieran sufrido cien Neronés sobre el trono, mas bien que un solo Sacerdote en el altar, poniendo todo su mérito en el aborrecimiento de Christo, y su gloria en la desolacion de todos sus templos.

Entre estos odiosos sofistas se hacian visibles Condorcet, el bastardo de Lametrie, Hobbes, todos los ateistas, y aquel Cérutty, cuyo último suspiro, aplaudido en la asamblea de los nuevos legisladores, salió envuelto en estas palabras, propias de un demonio si espirase: *el único pesar que llevo muriendo, es que dexo aún alguna religion en el mundo.* Son tambien conocidos otros muchos desde el apóstata Chabot, que no es-

peraba mas que un momento favorable, para hacer entre los Jacobinos la mocion de exterminar hasta el último Sacerdote de qualquiera religion que fuese; hasta aquel Dupont que se regocijaba ya en la esperanza de subir á la tribuna de los legisladores, y pronunciar en ella estas palabras: *no hay Dios.*

Á todos estos enemigos de Dios y de su Christo se juntaba otra secta conocida con el nombre de Economistas. Estos de treinta años á esta parte, discípulos de Turgot, atormentaban la Francia para corregir su gobierno, y mejorar sus rentas, con sistemas que han arruinado su monarquía y agotado sus tesoros. Toda su ciencia se reducía á lo que llamaban el producto neto, y el producto neto de sus dogmas era borrar todos los de la Religion christiana, para establecer en su lugar los de otra que llamaban natural, como el producto neto de sus expedientes para enriquecer la nacion, era enseñarla á despojar el altar, y desterrar á sus Sacerdotes.

En la corte protegían á todas estas sectas un gran número de gentes ricas, porque ellas eran favorables á la disolucion de sus costumbres, y estas gentes visibles dexaban al simple pueblo la concurrencia á las iglesias, olvidadas ya de dar el debido exemplo: pasaba con esto, y cundía la impiedad de los amos á los criados, y de estos hasta los que servían en las aldeas. Á imitacion de los señores querían tambien los ciudadanos, los mercaderes, las gentes de oficina y escritorios tener su erudicion y ostentar su critica contra Dios. Los Ministros no echaban de ver otra cosa que fruto de la industria nacional en las producciones, que quitaban á la nacion las buenas costumbres y la Religion. Los Magistrados, depravados ellos mismos, pasaban una mano blanda, y dexaban derramarse y correr el veneno baxo mil formas diferentes por todas las clases de sujetos, y así se sumergía la capital en un abismo de corrupcion y de impiedad.

Ni aun estaban exentos de los vicios del siglo todos los miembros del Clero, de modo que (es preciso confesarlo para gloria de Dios, de quien viene toda la constancia) este cuerpo que resistía al torrente, no parecía prometer toda la firmeza, de que dió luego exemplo. Se podía entonces dividir el Clero

en dos partes: la una, muy agena del espíritu del Sacerdocio, solo tenia el nombre y la mitad del traje eclesiástico, huía los trabajos del ministerio, solicitando sus beneficios por el favor de los cortesanos, y siendo el escándalo mas bien que el apoyo de la Iglesia.

La otra parte mas numerosa era de Sacerdotes zelosos y aplicados á las funciones eclesiásticas, y este era el verdadero cuerpo del Clero. Por lo general estaba impuesto en sus obligaciones, y si habia Pastores que no habian visto de su Iglesia mas que las rentas, habia muchos mas que estimaban su fe, y eran muy raros los que parecían haberle de ser traidores. Todo este cuerpo de Pastores era preciso arrollar para completar el triunfo de los impíos; y con este objeto tramaban ya de antiguo su conspiracion los héroes de todas las sectas en las tinieblas de sus clubs y conciliábulos subterranos. La convocacion de los Estados generales los hizo salir todos á una de sus diversas cavernas para favorecer las ideas de un hombre, á quien sus partidarios parecia haber puesto cerca de Luis XVI para acelerar la ruina del mismo Monarca y de la Religion.

Este hombre era Necker, á quien tachaban los criticos de no haberse dado á conocer en la corte sino á fuerza de celebrarse el mismo, no haber traído otro caudal al ministerio que las angostas ideas y conocimientos de un escritorio ó factoría, ó sea tienda de mercader; haber creído purificar la monarquía democratizando provincias, oprimido á la Francia con empréstitos por excusar impuestos, duplicado la representacion de los comunes, y llamado para ella á los oradores y sofistas mas sediciosos con la mira de hacerse el dueño de los Estados generales. Él tambien era de aquella clase de economistas que no saben aliviar el erario sino arruinando la Iglesia; pero no era este su mayor demérito para con la Religion, porque pretendió tambien reformarla inspirando á sus Ministros los errores de los de Ginebra, y en medio de esto solicitaba tambien dominar en la cámara del Clero, teniendo la autoridad y sabiduría del Orden Episcopal. Abrióse, pues, la persecucion baxo sus auspicios.

Temiendo este hombre que se hallasen en los Estados

generales muchos Prelados, que naturalmente debian tener (y no queria él) el voto de su Clero, se anticipó á las elecciones con cartas y emisarios, cuyo objeto era sembrar entre los Curas la envidia y zelos contra sus Superiores en la gerarquia evangélica, y no dexó piedra por mover para inspirar tanto á estos como á los Vicarios el espíritu del presbiterianismo. Iban estos agentes encargados en hacer largas promesas á los simples Sacerdotes, sin que cayesen en la cuenta del arbitrio de deshacerse luego de ellos, en habiendo abatido al Obispado: junto con esto esparcieron entre los Sacerdotes de lugares cortos ponzoñosos escritos sobre la riqueza y supuesto despotismo de los Obispos, ostentando gran zelo de la Religion, y una pérfida compasion de la pobreza de aquellos que llenaban sin intermision los ministerios cerca del simple pueblo. Llegaron hasta imprimir cartas fingidas de los Curas del Delfinado, llenas del mismo espíritu de rebelion contra el Orden Episcopal, las que enviaron á las provincias distantes para que hiciesen allí su efecto, ántes que pudiese llegar la protestacion de los supuestos autores. Insinuaron tambien, que si iban en crecido número diputados del primer orden, seria imposible á los Estados generales mejorar la suerte de los Curas, y en fin señalaron aquellos en quienes deseaba el Ministro, que recayese la eleccion. Muchos Curas de aldeas, demasiado sencillos para sospechar estos artificios, dieron en el lazo, no creyendo interesarse en manera alguna la Religion en la eleccion que iban á hacer. Las juntas fueron ruidosas, y se vieron en muchas de ellas dominar aquellos sugetos de quienes tenia entera satisfaccion Mr. Necker; en fin entre trescientos diputados eclesiásticos solo hubo treinta Obispos. Desde este momento hubiera perdido á la Iglesia de Francia el presbiterianismo; si no hubiesen finalmente entendido, aunque tarde, los Curas, que se trataba de destruir la Religion, mas bien que de aliviar á los Pastores.

El engaño comenzó á manifestarse en las contestaciones que se movieron sobre si habia de ser la deliberacion por orden, ó por cabeza; siendo de este último modo, resultaba toda la ventaja á el estado llano, y así los conjurados dirigieron desde el principio todos sus esfuerzos á la confusion de todos

tres Estados para unirlos todos en una sola cámara, en que el partido de la rebeldía é impiedad dominaba por sus furores y los de sus tribunales, mas aún que por el número de votos.

No obstante lo imprudente que habia sido la eleccion de los diputados eclesiásticos, la mayor parte de ellos se opuso luego á un proyecto, que ningun influxo dexaba al Clero en las deliberaciones; pero ya habian llegado á Versalles por disposicion de Necker las primeras bandas de salteadores, los que durante todo el tiempo de esta contestacion embistieron varias veces la cámara del Clero con gritos y amenazas, que eran presagio de cosas mayores. Los Curas que estaban por los Obispos fueron frecuentemente apaleados y echados en el lodo. Mr. de Juigney, Arzobispo de París, Prelado tan conocido por su bondad, piedad é inmensidad de sus limosnas, fué apedreado por las calles de Versalles, hecho ya odioso aun á los mismos que habian vivido de su beneficencia, por medio de las calumnias mas opuestas á su carácter, y de la misma suerte se libraron con dificultad otros muchos Prelados.

Sin embargo sucedió desde entónces á Necker lo mismo que debia suceder á Mirabeau. Quando vió ya á punto de concluirse su proyecto de la confusion de clases, comenzó á temer el poder de aquel mismo estado llano á quien lo habia sacrificado todo, el qual entónces lo miraba ya con mucho desprecio; y así lleno de susto escribió al mismo sugeto de quien se habia valido para acelerar en la cámara del Clero esta reunion, que aplicase todo su conato á impedir la. Á otro confidente suyo dixo: todo se pierde, si se une el Clero á los comunes: ellos ganan, ellos ganan, todo se pierde. Estos eran los lamentos de Necker un quarto de hora ántes de la destruccion, que tanto habia promovido, de los órdenes; pero ya no era tiempo de impedir la, porque los comunes dexando primero obrar á Necker, y despues á los bandidos de él y suyos, habian tomado un medio mas astuto, qual fué enviar sus diputados á la cámara del Clero, donde en nombre del Dios de la paz y fraternidad, conjuraron á sus ministros pusiesen fin á las divisiones, que los separaban de ellos. Casi la mitad de los Curas creyeron á estas protestas y á las promesas que las acompaña-

ban, y aun se dexaron tambien seducir los Arzobispos de Viena y Burdeos. El resto junto con la Nobleza persistia en la conservacion de los órdenes. Pero el mismo estado llano que Necker habia puesto en movimiento, y no podia ya detener, llevó las cosas á tal extremo, que el Rey creyó peligrar su vida, si no empleaba toda su autoridad á favor de los comunès, que ya habian dado el paso de declarar, que ellos solos eran la Asamblea nacional. Habló, pues, el Rey á favor de la reunion, y se rindieron los Obispos y la Nobleza. En esta confusion de los órdenes vió claramente Necker lo mal que habia hecho las cuentas para reynar con su crédito sobre los comunès, que ya estaban en estado de no necesitarlo; y era tambien fácil á qualquiera ver la perdicion de la Nobleza, Clero, Monarquía y Religion.

Efectivamente, los comunès se componian de seiscientos diputados, casi todos unidos por la diligencia que se habia puesto en que recayese la eleccion en hombres de la secta filosófica, ó en hombres ineptos por sí mismos, y acomodados á dexarse llevar de los sediciosos. Los otros dos órdenes solo tenian trescientos diputados cada uno. Quedando cada orden en su cámara, y tomándose los votos en cada una separadamente, se contaría por voto de todo el orden el dictámen que tuviese á su favor un solo individuo mas: tomadas así las deliberaciones en cada cámara serian mas sosegadas; la resolución que se hubiese formado en una con precipitacion, seria mas considerada en el exámen de las otras dos, y seria necesario el voto de dos órdenes, para que prevaleciese un acuerdo. Pero confundidos los órdenes, sucedia todo al contrario: un solo vocal desaconsejado en el Clero ó en la Nobleza daba la préponderancia al mas detestable voto de los comunès; pues ahora en solo el Clero habia veinte y cinco ó treinta miembros, que debian su eleccion á la cábala de Necker, hombres ya resueltos al perjurio y apostasia, que desde entónces mismo quedaron hechos cabezas de la nueva iglesia. La Nobleza tenia tambien muchos miembros dispuestos á favorecer los proyectos del dia; y con esto solo debia precisamente prevalecer la opinion del estado llano, y perecer en Francia la Monarquía y el Clero.

No por esto se entienda que el estado llano era generalmente enemigo del Clero y del Rey; pero sí, que estos enemigos á fuerza de cábalas é intrigas habian logrado que se nombrasen diputados los hombres mas impíos y sediciosos de su clase, y aun de las otras dos, tales que Syeys, y Mirabeau, entresacados el uno de los apóstatas del Clero, y el otro de los de la Nobleza.

Aun en esta asamblea se vieron hombres plebeyos distinguidos por su oposicion constante á los proyectos de la impiedad. Se vió un calvinista opinar siempre por la conservacion de las leyes y de la justicia en favor del Clero, y particularmente se vió aquel miembro de los comunès, aquel Martin de Auch, á quien debe la Francia aquel acto de firmeza y heroica intrépidez, de que ni la revolucion, ni quizá todos nuestros anales darán semejante exemplo; acto que debo referir aquí para honor de aquellos mismos comunès, á quienes sin embargo acusamos justamente de haber perdido la Monarquía y la Religion.

El juego de pelota fué el teatro en que se dexó ver el alma de Martin en aquel memorable dia en que los seiscientos diputados de los comunès, y los apóstatas de la Nobleza y del Clero, furiosos hasta el último grado de exáltacion contra el Rey, levantaron la mano todos á una, y pronunciaron el juramento de no desistir hasta haber dado á la Francia su constitucion, que es decir, hasta haber destruido la antigua Monarquía y Religion: en aquel dia y aquel momento solo en pie en medio de los perjuros Martin de Auch, cruzados los brazos sobre el pecho, con aire de magestad, en tono firme se negó á levantar la mano y pronunciar el juramento, y presentándole despues el proceso verbal para que pusiese su nombre en la lista de los rebeldes, tomó la pluma, y escribió: *Martin de Auch protestó.*

Si todos los diputados del estado llano que no tenian interiormente las opiniones de estos sediciosos, hubiesen tenido el valor que Martin, sin embargo de la confusion de los órdenes, subsistirian aún en Francia el trono y el altar; pero ya estaba dado el golpe mortal, y no podia ménos de quedar sacrificado el Clero en una asamblea, que mas bien era lonja de im-

píos y bandidos, que senado agosto de una nacion que delibera; de suerte que ni el mas generoso patriotismo pudiese extirparlo del proyecto forjado contra él.

Antes de venir á los Estados generales ya habia hecho el Clero el sacrificio de sus inmunidades y privilegios pecuniarios. Aun antes de la abolicion de los órdenes ya se habia adelantado á dar parte al estado llano de su unánime consentimiento en soportar todas las cargas del Estado en la misma proporcion que los demás ciudadanos, además de su crecido donativo: pocos dias despues de la reunion ofreció cargarse con un empréstito de treinta millones, que decia el Ministro necesitarse: despues se aumentaron sus ofertas, que llegaron hasta el tercio de sus fondos, y en fin hasta quatrocientos millones. Pero la asamblea lo queria todo, y todo lo hubo de tomar.

El quatro de Agosto, en medio de aquellos gritos y excesos que parecian de embriaguez, y no eran sino de odio y furor, comenzó la asamblea declarando redimibles los diezmos de la Iglesia. Cinco dias despues corrieron á Versalles los rebolotosos del palacio de Orleans, pidiendo las cabezas de once Obispos y diez y seis Curas, si no se abolian sin redencion alguna los diezmos. El once se esparcieron en la sesion las listas de esta proscripcion, y se decretó la absoluta abolicion de los diezmos. Entonces uno de aquellos venerables Curas, que habia creído á las promesas de los comunes, clamó al oír el decreto: ¿conque en el nombre del Dios de la paz y fraternidad nos conjurasteis á unirnos con vosotros, para degollarnos, ó hacernos morir de hambre? Las carcajadas de una risa feroz fueron la respuesta á su simplicidad.

El veinte y nueve de Septiembre dictó la avaricia un nuevo decreto para el despojo de los templos baxo la apariencia de una simple exhortacion á llevar la plata de las iglesias á la casa de la moneda, y á consecuencia fué profanado un prodigioso número de vasos sagrados.

Á medida que se despojaba el altar crecia la calumnia contra sus ministros, y se redoblaban los medios de hacerlos odiosos: los emisarios de los clubs, sus poetas y escritores los representaban como aristocratas enemigos por esencia del estado

llano, y siempre dispuestos á oprimir al pueblo. No podia la impostura ser mas grosera, porque por trescientos ó quatrocientos eclesiásticos, cuyos beneficios podian dar envidia, habiamas de quarenta mil, que apenas tenian un moderado pasar, y es cosa demostrada, que juntas todas las riquezas del Clero secular y regular, apenas bastarian para dar á cada uno de sus miembros una renta de trescientos pesos. En este cuerpo del Clero sesenta y quatro mil Vicarios ó Curas pertenecian casi todos por los lazos de la sangre á este estado llano, de quien se decia ser enemigos: por todos sus principios y funciones se versaban de continuo con los ciudadanos ménos acomodados de esta clase: en los lugares, aldeas y campos eran su consuelo, su consejo, sus Angeles de paz, y hasta aquel momento los sofistas mas sin religion habian ensalzado la importancia de los servicios hechos al pueblo por estos ministros, que componian la mayor parte del Clero. Es verdad que habia alguna relajacion en este cuerpo; pero jamás habia pasado á nadie por el pensamiento que llegasen hasta ser enemigos del comun los eclesiásticos; antes bien era notorio lo que ellos se interesaban en su bien, y que en sus necesidades eran el recurso mas seguro las rentas de los Sacerdotes y Obispos. No era, pues, el alivio del pueblo el que se solicitaba arruinando al Clero; sino lo que ha declarado ya bien el tiempo, que era quitar á este toda consideracion y miramiento con los ministros del altar, y á estos los medios de merecer el afecto del pueblo, partiendo con él sus rentas, y privar á la Religion de sus ministros, privándolos á ellos de su subsistencia.

Para llevar al cabo este pérfido designio, era menester borrar de la mente del pueblo toda idea de respeto y veneracion á sus Pastores, y siendo insuficientes los caminos ordinarios de los calumniadores, se recurrió á un idioma mas expresivo que el de las palabras, que fué hablar á los ojos, y así sin miramiento á la decencia, como tampoco lo habia para con la verdad, se vistieron las esquinas y tiendas de pinturas ridículas las mas denigrativas de los ministros de la Religion: en ellas representaba el buril baxo emblemas de avaricia y extravagantes figuras á los Sacerdotes, llorando por los tesoros que les

quitaban, y con tan dignas lecciones, olvidando el populacho ingrato y envidioso quanto socorro habia recibido, y quanta parte se habia vertido en su seno de las riquezas de la Iglesia, aprendia á codiciarlas, en la persuasion de que se las iban á quitar á los Eclesiásticos para repartirlas en él: por lo que no le parecia ya latrocinio y violencia sacrilega despojar el altar y á sus Sacerdotes, sino derecho legitimo de la sociedad. Junto con esto se le mostraba en estampas, las mas lascivas, á los ministros de la Religion como hombres perdidos de disolucion, disipando con mugeres prostituidas el patrimonio de los pobres, y contemplando el pueblo ya teñido de zelos estas figuras obscenas, bebia la indignacion, el odio y el desprecio de quanto hay mas respetable en el Sacerdocio.

En estas lecciones infames hallaban otra ventaja los impíos, porque no creyendo, como tan depravados, ni aun posible la continencia en los Sacerdotes, insinuaban al pueblo, que todas las virtudes de aquellos á quienes habia venerado hasta entonces, eran una mera hipocresía, y que en la Religion todas las virtudes, hasta el mismo pudor, eran contrahechas. Últimamente en estas estampas eran representados como animales viles y asquerosos los que hacian mas especial profesion de las virtudes evangélicas.

Los mismos sentimientos contra la Religion se inspiraban al populacho por medio de folletos escritos en language de taberna: ni otra cosa se representaba en los teatros que calumnias y piezas indecentes acerca de la doctrina y costumbres del Clero, convirtiéndolo todo en mofa, hasta el nombre de Sacerdote. El Rey, cuyas desgracias iban siempre en aumento al par que las del Clero, quando despues de haberse salvado el seis de Octubre con gran dificultad de mano de sus asesinos, fué luego traído preso á su misma capital, pudo entender ya quan una era su causa con la de los Sacerdotes, pues que al igual de aquella gritería que sobresalia entre los demás ultrages, viva la nacion, muera el tirano, resonaba tambien la voz de los apóstatas, muera los birretes, que era el nombre burlesco con que acostumbraba el pueblo ir tras los Sacerdotes quando salian al público.

Entónces trasladando la Asamblea sus sesiones de Versalles á París, para estar mas cerca de sus bandidos, conoció en los progresos que habia hecho la conspiracion, que era ya tiempo de completar el despojo de la Iglesia, apoderándose de todo el resto de sus bienes. La propuesta era tan disonante por la evidencia de la injusticia y atrocidad del robo, que habia sido preciso esperar largo tiempo á que apareciese un hombre tan descarado, que la pudiese hacer. En fin se halló este hombre, como Judas, en el mismo colegio de los Apóstoles, y fué Tailleurand-Périgord, Obispo de Autun. El Rey que lo hizo Obispo, creyó que siendo hijo de un padre respetable, llevaria á la Iglesia siquiera una imágen de virtud; pero fué funestísimo su engaño, porque en lugar de la nobleza de pensamientos y virtudes hereditarias de su familia, tenia toda la baxeza y todos los vicios del judaismo. Este, pues, el 10 de Octubre en plena asamblea propuso apoderarse de todos los bienes eclesiásticos. Mirabeau que lo habia echado por delante como á uno de aquellos que no tienen honra que perder, sostuvo la demanda, é hizo que se pusiese en deliberacion, y se acelerase la decision por el medio de las amenazas.

Hablando altamente la justicia por la boca de los defensores del Clero, se dixo al pueblo para refutarlos, que todo se perdia si conservaba el Clero el resto de sus bienes, y se fixó en el palacio real en 20 de Octubre una lista de los que habian hablado á favor de la Iglesia, *prometiéndole mil y doscientas libras á qualquiera patriota que los matase.*

Tenianse entónces las sesiones en el palacio del Arzobispo de París, á quien se habia obligado á refugiarse en tierras extrañas: el 31 de Octubre se vió inundado su patio y plazuela de bandidos, todavia sin armas, pero ya furiosos. El Duque de la Rochefoucauld anunció, que no habia otro medio para salvar la vida de Obispos y Sacerdotes, que apresurarse á acordar lo que solicitaba el pueblo. No estaba asegurado aún Mirabeau del mayor número, y así fué menester esperar al 2 de Noviembre. En este dia acuden desde ántes de amanecer los bandidos armados ya de picas, y denuncian que van á acabar con todos los Obispos y Sacerdotes, si gana el Clero su causa: ellos mis-

mos hacen el decreto, lo recibe la asamblea, y pasan los bienes del Clero á disposicion, que luego se llamó propiedad, de la nacion: sin tardanza, convertidos en asignados, se hacen objeto de tráfico en todos los bancos, viene á manos de los usurpadores todo el patrimonio de la Iglesia, se venden hasta los templos, y delante de los ojos de la asamblea se mudan los Santuarios en caballerizas y casas de comedias. Ella promete á los propietarios de los beneficios pensiones, mas ya se ha visto á qué costa, y con qué condiciones deben pagarse.

Quedaba á la Iglesia un tesoro mas precioso en la santidad de sus hijos privilegiados, separados del mundo en numerosos monasterios, profesando sobre los preceptos de comun obligacion la perfeccion de los consejos evangélicos, como si dixésemos, el luxo de las virtudes christianas y lucimiento de la misma Iglesia, la qual en todos tiempos habia hallado particular proteccion en las oraciones de estas almas fervorosas, grandes doctores, y zelosos defensores de la fe, los Pastores de las almas tenian siempre en ellos operarios prontos á ayudarles en todos los ministerios. Los mismos impíos no negaban que los Religiosos habian hecho grandes servicios al estado, ya en el desmonte y cultivo de las tierras, ya en el socorro que daban en los campos, aldeas y provincias, debiendo aun muchas ciudades su origen y sus tierras metidas en labor á las fundaciones de monasterios, ya en fin en las ciencias, cuyo depósito habian conservado mucho tiempo ellos solos. Es verdad que muchos de ellos habian decaído de su primer fervor; pero muchos tambien observaban su primitivo instituto, y especialmente las Religiosas eran en todas partes fervorosas como Angeles, y puras como el Cordero celestial á quien estaban consagradas.

La Iglesia hubiera querido la reforma de las Religiones que habian deslucido la gloria de sus fundadores, y la conservacion de las que estaban en observancia; pero sabian los impíos quanto estima ella estos establecimientos, y que son las obras avanzadas, que es preciso arruinar para llegar á batir sus últimos baluartes, por lo que era una parte esencial de la conspiracion el destruirlas, y tentar, como lo habian hecho

tantos otros enemigos de la Iglesia, esta empresa, antes de llevar mas adelante los errores contra la fe.

Encargóse de hacer la primera propuesta un abogado llamado Treillard, y el 11 de Febrero de 1790 salió pidiendo se suprimiesen todas las Órdenes religiosas, y se aboliesen los votos monásticos. El Clero conoció luego adonde iba á parar semejante proyecto, tan osadamente propuesto en un reyno christianísimo, y mas acompañando su ventilacion un torrente de blasfemias; y valiéndose de la ocasion de ellas, siquiera para demorarlo, pidió el Obispo de Nancy, que en desagravio de tanto ultrage, se comenzase declarando que la Religion católica, apostólica, romana era la religion del Estado. El lado izquierdo de la asamblea, que era en el que se reunian baxo el nombre de jacobinos los partidos enemigos del Clero y de la Iglesia, recibió la proposicion como pudiera haberlo hecho un imperio mahometano. No dexó de repetirse muchas veces la misma solicitud en favor de la Religion católica en la série de la misma asamblea hasta por el cobarde ó apóstata Gerles, que habia salido de su celda por consejo de una pretendida profetisa, llamada Labrousse, la qual anunciaba que la verian algun día aparecer al lado del sol cercada de rayos de gloria en prueba de ser enviada de Dios para reformar la Iglesia. Gerles, pues, á quien se hacia tarde aguardar la prodigiosa aparicion para tomar asiento entre los jacobinos, iluminado como Labrousse y tan hipócrita como ella, sintió tambien sus remordimientos, y el 12 de Abril hizo su proposicion en favor de la Religion católica; pero los jacobinos que no la esperaban de él, y veian por otra parte que una negativa clara hubiera puesto en arma al pueblo, suspendieron la deliberacion para el dia siguiente. Entonces, teniendo en consideracion la asamblea, *que ni tenia, ni podia tener poder alguno sobre las conciencias y opiniones religiosas; que su adhesion al culto católico, apostólico, romano no era cosa que se pudiese poner en duda; y que la misma magestad de la Religion y profundo respeto que se le debe, no permiten que sea ella objeto de deliberacion*, decretó, que ni podia, ni debía deliberar sobre la demanda propuesta, y que en consecuencia pasaba á otros objetos. El Obispo de Uzes, en nombre de todos